



hacha. Pasan y ruedan una sandía, tres guindas en su tallo, una banana. Sólo cuando el monstruo juega sus fichas y se distrae, ella puede cumplir la serie progresiva de su amor: observar al monstruo, emanciparse de su control, encontrar al varón que la exalta. Su boda solitaria con el monstruo.

76. Si lo que aletea en la noche es hacha, pájaro o murciélago sólo lo sabrá cuando se despierte en la mañana y note las consecuencias.

77. En el diario íntimo: "Martes 2 de marzo de 1993. Miro el ventilador de techo, giran las paletas de madera. No puedo hacer la siesta sin melancolía".

78. Cuando fue al velorio de la que nunca pudo decir la violencia del monstruo, sacó su pasaje en la boletería de la empresa de transporte que lleva micros al pueblo cercano. Sobre el mostrador, el empleado trazaba líneas finas de muy diversos colores y tonalidades en las páginas de un cuaderno de tapas duras Rivadavia. El empleado estaba absorto sobre su línea fina del momento. Esparcidos sobre la tapa rebatible del mostrador había decenas de lápices o fibras o lapiceras de los muy diversos colores y tonalidades que el empleado elegía y manipulaba en el logro de su limpia línea fina. Una limpia línea fina pegada a otra limpia línea fina de curvas ascendentes y descendentes, y a otra, y otra, cubrían la totalidad de la página y armaban, en su conjunto, un engendro psicodélico de figuraciones periódicas. Impresionada por los esmeros del empleado, ella no se atrevió a interrumpir el trazo de la línea fina del momento. Esperó a un costado de la ventanilla espiando intermitentemente a través del vidrio, y de las ramas de muérdago, y de los moños rojos, hasta que el empleado alzó su mano de la página con el lápiz, la fibra o la lapicera triunfante. Ella lo enfrentó entonces, pidió su boleto e indicó su destino. Antes de retirarse hacia el andén del micro que llega al pueblo cercano, pudo ver sobre una repisa de la boletería en la que se amontonaban carpetas, talonarios, esferas navideñas, un mate grande y cosas que no supo identificar, varios pilares prolijos de cuadernos de tapa dura Rivadavia, unos pegados a los otros, que ocupaban un estante completo. El casi imperceptible grosor de las páginas atesoraba, alternando monstruos y trazos impecables, todas las líneas finas del empleado. La que se murió una tarde había dejado de esperar su próxima visita.

79. En el diario íntimo: "27 de agosto de 1997. Inconvenientes de mudarse al pueblo: 1) entra mucha tierra que ensucia pisos y muebles, 2) posibilidad de ratas, 3) intrusión de pájaros y murciélagos, 4) existencia de sapos, 5) inexistencia de café exprés. Compensaciones: 1) crepusculos, 2) silencio, 3) anacronismo, 4) amistad".

80. En los atardeceres más bochornosos del mes de las fiestas, sus personalidades juntaron palitos y hojitas y cortecitas en el laberinto espeso de las columnas de aceite. Palitos, hojitas y cortecitas flotaban a la altura de las narices o se hundían hasta el fondo del piso parqué. La personalidad más decidida abrió la tapa del calefón para aprovechar los deshechos de los pájaros calcinados. Durante el mes de las fiestas sus personalidades hicieron un acopio interesante de materiales que, bien administrados, sirvieron en la construcción del bicho canasto. El bicho canasto detuvo la multiplicación bochornosa de fenómenos idénticos, duplicó el interior de su casa a escala diminuta eliminando posiciones y columnas de aceite, unificó la masivas invariantes en una permanencia sosegada y única, y encapsuló sus personalidades. Bien colgada de su rama.

81. Uno que jamás se detendría a considerar la violencia del monstruo, y que suele definirse como agresivo por sistema, le escribe a favor de las distracciones pero en contra de privilegiar la parte por el todo. Su sino dominante lo lleva a una conclusión que sufre consideración provisorio. En efecto, a mí me interesa más mi papá peronista que Perón, o lo que es lo mismo: para mí mi papá peronista es Perón.

82. El monstruo se recuerda estúpido, imberbe.

83. Lee en el suplemento dominical que publican el diario íntimo de una poeta suicida y prestigiosa. El periodista informa que los familiares de la poeta limpiaron del diario una época entera, la última y previa al suicidio, la época de la locura, o de la mayor locura o la época loca y procaz, la época de la desgracia o de la mayor desgracia. La época sucia. Agravante y perversa, la familia de la poeta suicida. No hay diario íntimo sin un acto póstumo de lealtad.

84. Ella es tan inoportuna para el amor conyugal que el monstruo consigue su misterio favorito.

85. En el diario íntimo: "Viernes 10 de junio de 1994. Me resfrío. El pañuelo que se hizo cosmos".

86. Tiempo antes de morir una tarde, sentada en su cama de enferma, la que nunca pudo decir la violencia del monstruo separó las fotos triviales de las axiomáticas en dos cajas de tamaños diferentes. Escribió sobre una de las tapas las letras LVN. Y extrajo de su próxima visita, como si de algún agujero seco agua clara, un pacto.

87. En el diario íntimo: "Viernes 1º de noviembre de 2002. Ni el murciélago, la cucaracha, los pájaros perduran. Ni los bichos canasto. Luego, nada perdura".

88. Los monstruos perduran.

89. A lo largo de los años el monstruo estuvo desconfiando y dándole vueltas al asunto. En cada nueva vuelta tomó una nueva actitud frente a su misterio favorito: desdén, tolerancia, cólera, veneración, indulgencia, impostura, docilidad, perfidia, etcétera. El monstruo se rom-

10X

Federico Falco

La casa, por fuera, no dice mucho. Uno podría pasar por el frente y no reconocerla. Las rejas de las ventanas son proezas de la herrería, pero uno podría no fijarse en ellas. Dos ventanas y una puerta. Unas falsas columnas corintias a mitad de la manzana. Nada más. Tal vez ese sea uno de los motivos por el cual, después de diez años, el Centro Cultural España Córdoba sigue teniendo ese sabor a secreto, a reducto un tanto clandestino, fuera de la quietud y las normales reglas del arte y la sociedad cordobesa.

La primera vez que alguien me habló del CCE.C yo acababa de llegar a Córdoba. Tenía veinte años. No conocía a nadie. Visitaba indistintamente todos los museos, asistía a todas las actividades gratuitas. Tardé un tanto en llegar al CCE.C. La fachada de la casa no había llamado mi atención. El Centro recién inauguraba. Allí pasan cosas raras, murmuraban las vecinas mientras baldeaban las veredas. Fui una tarde, me decepcionó. Tras la puerta de doble hoja no se escondía nada escandaloso. Una casa solariega, con restos coloniales. Dos patios, un aljibe en el centro. En las paredes, expuesta, una colección de rejas de balcones. No debe haber nada más triste que esas rejas sin ventanas, me dice mucho después Pancho Marchiaro, el subdirector del Centro. Rejas que protegen ventanas cegadas. Protegen a nadie. Tanto lio para esto. Al fondo, en el segundo patio, enredaderas y árboles en el pulmón de la manzana. Más quietud. La primera impresión fue de contradicción: supuestamente allí anidaba "la movida" cordobesa, pero el lugar parecía tan calmo como el claustro del Museo San Alberto, a apenas una manzana de distancia.

Gente joven. Extraños peinados nuevos a finales de los noventa. Al parecer pasaban cosas y en Córdoba las cosas suelen pasar con retraso. La cultura cordobesa "oficial" había dormitado durante la primavera alfonsinista y durante el menemismo. Lo interesante ocurría afuera. Entonces, a alguien se le ocurre una idea genial. El cónsul español en Córdoba propone abrir un centro similar al ICI de Buenos Aires. Gustavo Santos, el secretario de Gobierno, acepta. Idean una sociedad, de una parte se hará cargo España, de otra, la Municipalidad de Córdoba. El proyecto se encamina. Marcha. No hay director. Llamen a concurso. Daniel Salzano acababa de regresar a la ciudad. Venía de un largo exilio español, conocía cómo se manejaban las políticas culturales en la península y, a su vez, nunca había perdido el contacto con Córdoba, que lo seguía considerando uno de sus hijos preferidos. Sus columnas en el diario La Voz del Interior son lo más leído del sábado, un resumen entrañable, entre cómico y nostálgico, de lo ocurrido en la semana. Salzano gana el concurso.

Lo más difícil, al principio, dice Salzano, fue encontrar la voz propia. Los más necesitados eran los más jóvenes. Eran también los más interesados y los menos lastimados, los que tenían menos facturas para pasar, dice Salzano. Los jóvenes. El elemento ideal para trabajar. El CCE.C se convirtió así en un polo de atracción que mantuvo al tanto a las nuevas generaciones de las nuevas formas de hacer arte. Y el arte de fines de los noventa venía marcado por la tecnología. Llenamos la casa de máquinas, dice Salzano. Era el camino que Europa nos estaba marcando. ¿Córdoba estaba preparada para la vanguardia? No, porque había perdido la retaguardia, dice Salzano. El España Córdoba se transformó en vanguardia en medio de la nada. Al fondo, las montañas.

Salzano habla pausado. Pareciera pensar cada frase, o haberla memorizado hace mucho y ahora sólo buscarla y pronunciarla de nuevo, en el momento justo. La frase tiene una cadencia. No es de las personas que piensan al hablar. Salzano ya tiene todo pensado desde antes y sólo se dispone a pronunciar, con cierta maestría, lo que antes guardaba para sí.

Siempre nos interesó traer cosas, gente, muestras, obras que permitan ver nuevos puntos de vista. No bajar línea, dice Salzano. Mostrar lo nuevo para que después cada uno elija y construya su propio punto de vista, dice Salzano. La lista de cosas nuevas puede ser interminable si una piensa en los últimos diez años del España Córdoba.

Paso rápidamente las hojas de mi diario personal. Escribo en cuadernos espiralados. Diez años son casi trece cuadernos. De tanto en tanto aparece una entrada llamada "CCE.C." O, simplemente, "en el España". Anoche fui al España a ver la última obra de Camertoni. Me gustó. Anoche fui al España, tocaba una banda, no recuerdo el nombre. Pasé a ver la muestra del España. Está buena. A la tarde me llegué al España, la última muestra es una cagada. Pasé por el España y hablé con Pancho, le propuse hacer... Si me tomara el trabajo de armar un gráfico, las entradas de mi diario referidas al España aumentarían después del año dos mil y volverían a bajar después del dos mil seis. Una curva. Una etapa de coqueteos, el enamoramiento, un puro romance al que le sigue el consabido desgaste, pequeños distanciamientos, un afecto que queda pero más apaciguado, calmo. Diez años en total.

En esos diez años, géneros como la performance, la intervención urbana, el arte interactivo hicieron pie en el Centro antes que en ninguna otra institución de la ciudad. Tal vez ya sucedían en Córdoba desde hacía un buen tiempo, pero el CCE.C fue el lugar donde esos géneros —y otros— lograron ingresar al área de lo institucionalizado.

Los movimientos del CCE.C siempre tuvie-

CCE.C

A diez años de la inauguración del Centro Cultural España Córdoba, un habitué repasa las políticas que convirtieron a la institución en uno de los agentes culturales más sólidos de su ciudad. Bajo la consigna general de "no bajar línea" pero con una neta actitud renovadora, el CCE.C logró instalar, desbordando los límites de su casa solariega, "una vanguardia en medio de la nada".



ron esa particularidad. En pocos años la institución se posicionó como uno de los agentes culturales más sólidos de la ciudad. Ciertas cosas eran atraídas hacia el Centro. Cosas que nadie más atraía y que, a su vez, el resto de los agentes de la cultura casi podían llegar a desdeñar. El España Córdoba era un imán. Reprocesó lo que ya se daba en las calles y, de alguna manera, lo institucionalizó. Sólo en pocas ocasiones este tipo de acciones degeneró en un movimiento similar al de la museificación de las vanguardias. La política del Centro se guardó muy bien de caminar por esa delgada línea entre lo independiente y lo estatal. Conocen su poder de agenda y lo miden con maestría.

Aunque es lo último que el visitante ve, el patio del España Córdoba es el corazón de la casa. Imposible enumerar la cantidad de cosas

vividas entre esos árboles. En invierno, o cuando el foco de las actividades pasa por el auditorio o la sala de exposiciones, el patio es el refugio al cual fugarse para charlar en paz, o para descansar, o para leer en medio del ajeteo, o para fumar. Pero ni bien despunta la primavera, el patio se enciende. Desde obras de teatro hasta conferencias. Sobre todo, los encuentros del ciclo "Letra y música", quietos y tranquilos. Cuando la cantidad de sillas se veía rebasada, la gente se sentaba en el piso. Un poeta leía. Un músico (o una banda) que nunca antes había estado en contacto con el poeta, tocaba. No eran dos cosas intercaladas. Eran dos cosas diferentes, unidas y transformadas en una nueva, especial, que sólo existía por una noche, al pie de los árboles, en el corazón del España.

Si algo caracterizó al España todos estos

años es su papelería, sus modos de difusión. En el logo del Centro hay un toro de lidia español y una vaca (holando) argentina. Ambos al mismo nivel. Dialogando. ¿Besándose? Le pregunto a Pancho de quién fue la idea. Al parecer, hay varios que la defienden como propia. No importa. Es una idea genial. Desde el principio ése fue uno de los rasgos del España: la osadía, el desenfado, el animarse a hacer cosas que nadie más haría. Una especie de locura controlada y en buenas manos.

Pancho Marchiaro trabajó en el España desde el primer día. Al principio, según él mismo cuenta, era un pinche. Entonces tenía veintidós años. Ahora es el subdirector. Hubo un día en que Pancho se convirtió en mi ídolo personal. Junto a un grupo de personas habíamos hecho una clínica interdisciplinaria con el poeta Arturo Carrera. De ahí surgió la idea.

Una intervención urbana pero no sobre la ciudad misma sino sobre uno de sus soportes mediáticos: los clasificados del diario. La idea era un delirio irrealizable. Había que convencer al diario de que nos dejara publicar (gratis) ocho poemas diarios, entremezclados con el resto de los avisos. Se lo contamos a Pancho. Pancho dijo se puede hacer. Déjenme a mí. Si algo sé es que, para esa obra (que se llamó Troquel) todos trabajamos muchísimo. Pero Pancho Marchiaro se llevó el premio a la gestión. Ese día entendí qué era un gestor cultural. Pancho no preguntó sobre los significados implícitos de la intervención, sobre qué queríamos decir, sobre por qué lo hacíamos. Pancho confió en nosotros como artistas y mantuvo reuniones, tomó café y habló por teléfono con la gente con la que lo debía hacer, hasta concretar la idea.

En Córdoba, el Centro Cultural España Córdoba es el lugar donde uno se siente tratado como un profesional. Eso es lo que me quedó claro después de ver a Pancho trabajar. Si se convirtió en mi ídolo es, simplemente, porque no hay muchos otros lugares donde se pueda trabajar como un profesional.

En todos estos años, el staff del Centro se fue renovando. Fue cambiando. Igual que su público. Salzano calcula que por el Centro ya pasó una generación de cordobeses. Me animo a decir que está equivocado. Cuando empecé a trabajar con el Centro, cuando acerqué mis primeros proyectos, por ahí ya había pasado una generación. Gente más grande que ya no estaba. Algunos se habían ido a estudiar/trabajar fuera del país. Otros a Buenos Aires. Otros habían abandonado el arte y se transformaron en oficinistas. Por un par de años, la gente de mi generación copó el Centro. Uno se sentía algo así como el recambio. Hasta que también llegó el momento de irse, de alejarse. Ahora el público del Centro son mis alumnos.

Doy clases de Arte Contemporáneo en la carrera de Comunicación Audiovisual de una universidad privada. En la primera clase, suelo mostrar el urinario de Marcel Duchamp. Antes, mis alumnos se escandalizaban. Ahora, las nuevas camadas lo miran con indiferencia. En ningún momento dudan de si eso es arte. Y todos preguntan si conozco el España Córdoba. Ellos son asiduos. Algunos trabajan o trabajaron allí como pasantes. Otros tienen amigos que mostraron en el Centro, otros tienen enemigos que mostraron en el Centro.

En diez años, el CCE.C se transformó en el equivalente cordobés de una pieza clave de la vanguardia del siglo XX. Para algunos es motivo de escándalo. Otros todavía lo consideran algo marginal. Otros, cada día más, dan por sentado que el España es ineludible a la hora de entender la cultura cordobesa. ≈

El autor nació en General Cabrera (Córdoba) en 1977. Es escritor, docente y video artista. Publicó los libros de cuentos 222 patitos (La Creciente, 2004), 00 (Alción, 2004) y El pelo de la Virgen (Tamarisco, 2007) Participó en las antologías La joven guardia del siglo XX. Para algunos es motivo de escándalo. Otros todavía lo consideran algo marginal. Otros, cada día más, dan por sentado que el España es ineludible a la hora de entender la cultura cordobesa. ≈